



Hace 37 años Recordando al P. Alberto Hurtado

GONZALO ARROYO, S.J.

A comienzos de diciembre de 1951, recibí una carta del Padre Alberto Hurtado. Yo me preparaba para ingresar al noviciado jesuita. Como solía hacerlo con aque-llos que habla guiado a la vida religiosa o sacerdotal, el padre debía acompañarme el día del ingreso al Noviciado Loyola. Estos viajes a Marruecos * en las afueras de Santiago eran casi legendarios. El padre Hurtado llevaba a los candidatos, junto con familiares y amigos, para presentarlos al padre maestro y antes de que se cerraran las puertas del noviciado, la excursión tenía más aires de fiesta que de recogimiento. Esto no impedía que Alberto Hurtado experimentase en esos momentos no sólo mucha alegría, sino también gozo y consolación espiritual.

Su carta venía de Valparaíso. Desgraciadamente, después de haberla leído y releído por muchos años, en cierto momento —tal vez cuando parti al exilio en 1973— este testimonio autógrafo del padre Hurtado se me extravió. Sin embargo, sus palabras están grabadas en mi recuerdo. Me expresaba cuánto sentía no poder acompañarme al noviciado puesto que contra sus sentimientos, sus superiores le habían ordenado que se fuera a descansar a Valparaíso, porque su salud estaba delicada. Y aun para un hombre tan espiritual pero activo como era, este retiro obligado sin duda le costaba. En verdad, en ese momento él ignoraba el carácter mortal de su enfermedad de la cual sucumbiría finalmente en agosto del año siguiente.

Enseguida, agregaba que debía prepararme para el noviciado y la vida religiosa y me daba algunos consejos. Hay días luminosos, decía, en que el sol brilla intensamente y uno se siente cerca de Dios. Pero también puede caer la noche, el cielo obscurecerse y el alma se siente desamparada, el rumbo se pierde. Precisamente entonces uno debe redoblar su oración tal como el barco que en medio de la niebla toca su sirena y avanza lentamente hasta llegar seguro a puerto. Y, terminaba, nunca olvides que detrás de las nubes siempre continúa brillando el sol.

Estos consejos sencillos del padre Hurtado me han acompañado a través de los años: tiempos de duro trabajo, el comenzar de nuevo en tierras extranjeras, momentos de éxitos y fracasos, de gozo y esperanza, de incomprendiciones y de soledad espiritual y humana, es decir a lo largo de la vida que tiene sus luces y sus sombras.

Hoy día, recapitulando los rasgos más inspiradores del padre Hurtado, no puedo menos de revivir a ese hombre múltiple: el que recogía a los niños abandonados bajo los puentes del Mapocho y que acogía a los sin techo en el Hogar de Cristo; el luchador por los derechos sindicales y fundador de la ASICH, el que difundía la Doctrina Social de la Iglesia para lograr más justicia social en nuestro país; el apóstol de la Acción Católica; el profesor del colegio San Ignacio y el maestro espiritual que atrajo a tantos jóvenes a la vida religiosa y al sacerdocio; el fundador de Mensaje

como hombre de su tiempo, que veía desaparecer una sociedad tradicional y que mira hacia el futuro. Pero tampoco olvido las dificultades y sufrimientos que tuvo que enfrentar: incomprendiciones de las autoridades de la Iglesia y de dirigentes políticos tradicionales, estrecheces económicas para mantener las obras en favor de los pobres, etc.; todo se resolvía dentro de una estricta obediencia a sus Superiores, amor a la Iglesia y una fe casi sin límites que derribaba barreras y abría el corazón de tantos. Sin embargo, la imagen que más perdura en mí es la del padre Hurtado enfermo y muriéndose lentamente en la Clínica de la Universidad Católica. Como novicio fui enviado varias veces a acompañarlo durante el día. Estaba lúcido, conocía ya el desenlace que le esperaba, pero su rostro irradiaba paz. Varias veces me dijo con qué alegría esperaba el momento de su muerte. Su cara se transfiguraba cuando miraba una imagen de la Virgen con la cual, me decía, iba a tener el gozo de encontrarse pronto. El permitía entrar a varios de los visitantes que llegaban a su cuarto o al menos los saludaba desde su cama, siempre sonriendo y consolando a los que lloraban. No sólo aceptaba la muerte sino que llegó a ansiarla para encontrarse definitivamente, cara a cara, con el Señor. El día de los funerales en la Iglesia de San Ignacio que desbordaba hacia la calle, su gran amigo, Mons. Manuel Larraín Errázuriz, Obispo de Talca, dijo en la homilia: "Hay que concretar en reglas de vida lo que proclaman sus obras". Es lo que nos toca hacer. ■

* Hoy la localidad Padre Hurtado.

Recordando al P. Alberto Hurtado [artículo] Gonzalo Arroyo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Arroyo, Gonzalo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recordando al P. Alberto Hurtado [artículo] Gonzalo Arroyo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)